



El amor de Andrea: el amor como una necesidad

(Manuel Martín Cuenca, 2023)

A veces las estrellas cinematográficas brillan de otra manera, cuando la pantalla se convierte en una simple ventana donde identificamos una realidad próxima, tal vez invisibilizada, pero reconocible en las esquinas de la geografía, que nos implica emocionalmente y que, de alguna manera, nos resulta incómoda: porque nos confronta con la desesperanza, con modelos de familias desestructuradas que escapan a los mecanismos de solidaridad de las políticas del sistema, porque nos hace transitar por las zonas de sombras de nuestra sociedad. La fórmula de Martín Cuenca nos recuerda a la filosofía de André Bazin, a la nostalgia de la *nouvelle vague* y al hiperrealismo de la posguerra: actores desconocidos, actores-persona para potenciar los elementos de identificación, historias que encontramos en los barrios marginales fotografiados con su propia poética, personajes desheredados nacidos del claroscuro, de la exaltación de los sentimientos, o de los bloqueos emocionales, un drama social que trasciende... Elementos de un cine clásico que ya existió, que ha existido siempre.

Martín Cuenca ubica su mirada en los barrios pobres de una ciudad histórica (Cádiz), y crea al azar, pero con toda intencionalidad, una de las muchas posibles historias que

ensanchan nuestra visión de la realidad. Lo hace imaginando sobre el terreno la historia de Andrea, una adolescente que se hace cargo de sus dos pequeños hermanos por las

ausencias de una madre sometida a una dura vida laboral (para obtener recursos de subsistencia) y el escapismo de un padre tan insensible que cuesta reconocer en él un ser real. Este es el drama, el escenario humano que nos ayuda a identificar roles universales en formulaciones diferentes: la necesidad de la figura paterna ausente, el desmembramiento de la imagen de la madre, la hermana mayor que asume responsabilidades que no le corresponden, la indefensión de los niños cuando la estructura familiar hace aguas.



No es un anacronismo que el cine vuelva por caminos ya transitados, que no son una moda o un estilo sino una manera esencial de narrar, cuando el cineasta subjetiva la mirada para recrear en la cámara su propia visión de unos personajes que se sirven de la ficción para enfatizar la realidad, como los grandes maestros de la fotografía que hacen del punto de vista, la composición, el encuadre su gran herramienta expresiva. El cine no hace sino situar personajes en el eje de esa mirada y verlos moverse para descubrir los contextos, los espacios, las emociones que los acompañan.

La película de Martín Cuenca está conectada con la filosofía del cine que trata de prescindir de los artificios para buscar lo esencial, que nos recuerda al cine de los años cuarenta

y los cincuenta del pasado siglo, por ese mismo afán de llegar a las historias con las mínimas intermedias. Basándose de la manera más sencilla posible en la construcción de personajes por la simple observación, para seguirles con la cámara, descubriendo a través de ellos, de sus vidas erráticas, la propia dinámica creativa de un discurso cinematográfico libre de convencionalismos; que deliberadamente se distancia de la arquitectura tradicional.



La debutante Lupe Mateo Barredo encarna el personaje de una víctima social, proactiva; como buena heroína no se resigna a la función que la vida parece haberle asignado, lucha por encontrar respuestas y buscar soluciones. Lo hace desde la inocencia y sus propias necesidades afectivas, afrontando enigmas que no comprende, con sentido de la responsabilidad impropio de su edad y una gran tenacidad para intentar poner orden y sentido en su pequeño mundo.

El amor como una necesidad

La trama de *El amor de Andrea* puede resumirse en muy pocas palabras: la joven no puede ver a su padre porque su madre lo prohíbe y él se lo niega, por razones que Andrea no comprende. En el contexto encontramos una separación matrimonial traumática, de la que desconocemos las causas; la figura de

una madre esclavizada en su vida laboral que desatiende a su pesar sus funciones como madre de tres hijos; y en el epicentro de la historia, la todavía adolescente Andrea que suple a su madre en el cuidado de sus hermanos pequeños, intentando llenar los numerosos agujeros afectivos que salpican las relaciones de unos y otros.



Desentrañar las causas de tanto desamor como respuesta a los sentimientos afectivos básicos es una tarea que tiene cierta complejidad. Así lo van mostrando los propios personajes que transitan por la historia buscándose a sí mismos.

No hay paraísos perdidos

A pesar de todos los dramas, la infancia siempre tiene algo de paraíso perdido, a veces desdibujado, escondido en las imágenes más recónditas de la memoria. Muchos, como Françoise Truffaut, Victor Erice, Alfonso Cuarón, Christophe Barratier, los hermanos Dardennes, Danny Boyle o recientemente Colm Bairéad, Kennet Branagh, Carla Simón o Estíbaliz Urresola..., lo han captado como una pequeña reliquia, de esas que se atesoran en lo más íntimo y deben manejarse con cuidado para que no se rompan, pues la infancia es siempre frágil.

Con este cuidado, pero sin eludir los momentos más duros, afronta Martín Cuenca esta historia que,

según hemos podido leer en una excelente entrevista con Carlos F. Heredero (*Caimán cuadernos de cine*) fue filmada cronológicamente para facilitar el desarrollo orgánico de la historia, en la que se incorporan los elementos que van surgiendo del rodaje, lo que aportan los actores, la fotografía, los horizontes marítimos y los recovecos urbanos de la ciudad que da carácter a la historia. Cuando una película se hace así, se torna tan personal e intransferible como lo es la propia identidad y la propia memoria del cineasta, que deja sus huellas personales en todo lo que inventa, en la manera de concebir las escenas y dirigir a los actores. El resultado apela a la sensibilidad del espectador para no quedar en nada, que es lo que sucede si la mirada del espectador no contiene todos esos elementos de complicidad imprescindibles, necesarios para contar las cosas más trascendentes a través de pequeños detalles.



Título original: El amor de Andrea

Año: 2023. **Duración:** 101 min.

Dirección: Manuel Martín Cuenca

Guion: Manuel Martín Cuenca, Lola Mayo

Música: Vetusta Morla

Fotografía: Eva Díaz

Coproducción España-México: La Loma Blanca PC, Lazonafilms, Nephilim Producciones, Alebrije Cine y Video, RTVE, Canal Sur

Federico García Serrano